

¿Quién dijo miedo?

Jorge Urreta

ÍNDICE

APUESTAS, APUESTAS.....	3
-------------------------	---

APUESTAS, APUESTAS

Existe gente capaz de elevar la gamberrada a la categoría de arte, incluso cuando más de uno calificaría esas «gamberradas» como auténticas locuras. Probablemente no había nadie en el colegio Azorín de Bilbao que no considerase que Aitor Garmendia estaba bastante loco, y él nunca había hecho nada para cambiarlo. Sus excentricidades y varios episodios a lo largo de los últimos años, habían contribuido a incrementar su fama como «el pirado ése», y ya ni los que aún consideraba sus amigos creían conocerle realmente.

Muchos de ellos seguían con él por curiosidad o como otro divertimento más, pero no faltaban quienes pensaban que no era sino una bomba de relojería a punto de estallar, y preferían estar de su parte cuando eso ocurriese. Por idénticas razones, se acumulaban en el despacho del psicólogo montañas de informes que le mencionaban directa o indirectamente.

Pocos sabían —probablemente sólo tres o cuatro de sus escasos verdaderos amigos— que la «locura» era una tapadera para conseguir que la mayor parte de la gente que le rodeaba, y que él consideraba unos «pijos asquerosos», le dejase en paz. Él y algunos de sus amigos eran las «ovejas negras» del instituto, no por sus notas, que a pesar de poder considerarse mediocres, estaban por encima de la media, sino por su actitud, que siempre resultaba desafiante a los defensores de las buenas maneras. Su colegio era una institución privada donde las excentricidades no estaban muy bien vistas, pero él era suficientemente estudioso como para no tener problemas.

Su especialidad eran las fiestas. Todos los años, el colegio celebraba una semana de fiestas coincidiendo con el nacimiento del escritor que le daba nombre, y él siempre organizaba algo por lo menos curioso. Cada año, el colegio dividía a los alumnos en una serie de «talleres» en los cuales debían apuntarse.

Los había de todos los tipos: literatura, deportes, radio, televisión, teatro, y toda actividad creativa en la que la comisión de fiestas de turno pudiese pensar. Eran la

oportunidad perfecta para que Aitor engrandeciese su imagen de tarado, así que cada año se apuntaba a unos cuantos y preparaba algo espectacular para cada uno. Un año, después de haber visto en televisión la película «Good morning, Vietnam», decidió que lo mejor sería preparar para el taller de radio un programa llamado «Good morning, Bilbao». Hasta ahí, la cosa no habría pasado de un simple divertimento inofensivo, pero él nunca había sido de los que se conformaban con poco. Aprovechando los conocimientos que había adquirido unos meses antes en un cursillo de electrónica al que le habían apuntado sus padres, modificó la pequeña emisora de radio del colegio y aumentó su potencia de emisión. Después, escribió el guión de un programa de radio divertido, sarcástico y sobre todo, totalmente irreverente.

El programa debía durar una hora, pero apenas llegó a los treinta minutos, el tiempo que tardaron los profesores en descubrir que se estaba emitiendo no sólo para el colegio y tal vez un par de manzanas a la redonda, sino para toda la ciudad. El contenido les había parecido poco adecuado desde los primeros minutos, pero se habían consolado pensando que los oyentes eran sólo los que habitualmente oían las tonterías de Aitor en el colegio. Pero cuando, cerca de veinte minutos después, empezaron a recibir insistentemente llamadas de padres preocupados e incluso de indignados vecinos de toda la ciudad, no perdieron el tiempo y cortaron de golpe la emisión.

Al «locutor», la broma le supuso una suspensión de tres días, que se vio aumentada a una semana completa cuando se descubrió su segunda broma de ese año. Por lo visto, se había apuntado al taller de informática, una de sus grandes aficiones, y había metido en todos los ordenadores un programa hecho por él que simulaba ser un virus.

El supuesto «virus» tuvo en jaque a los expertos en informática del colegio, que al final tuvieron que llamar a la empresa que les había vendido los ordenadores. La factura por el trabajo de quitar el falso virus fue lo suficientemente elevada como para que el director se molestase en intentar buscar al culpable de semejante gamberrada, aunque todos tenían una ligera idea de quién lo había hecho.

Probablemente, podría haberse librado de todo, de no ser porque en un tremendo despiste, había dejado olvidado en el suelo de la sala de ordenadores un pendrive con su nombre y que contenía precisamente una copia del famoso «virus».

Pero la mayor y más explotada habilidad de Aitor Garmendia era la de contar cuentos de todo tipo. Si hubiera preguntado a algún orientador profesional, probablemente le habría recomendado hacerse escritor, y acertaría. Su gran imaginación, calificada por mucho como «descomunal», le convertía en alguien capaz de hacer creer cualquier cosa a cualquier persona. Como su padre solía decir de vez en cuando para referirse a él, era una de esas personas «capaces de vender neveras a los esquimales». No sólo tenía la habilidad de contar buenas historias, sino que además su forma de contarlas y de introducir en ellas a quienes las escuchaban le hacían ser muy persuasivo. Si a eso unía su fingida cara de no haber roto un plato en su vida, no había quien se le resistiera.

Su madre, pasase lo que pasase y fuera cual fuera la grandeza de la gamberrada, siempre se derretía ante su mirada. De la misma manera, más de una chica del colegio estaba loca por sus huesos, porque sus adinerados e influyentes padres jamás darían su aprobación a semejante novio.

El caso es que la vida de Aitor «el loco» Garmendia, salvo por algún que otro problema derivado de sus excentricidades, transcurría tranquila y sin problemas, hasta que decidió llevar a cabo el reto de su vida.

Siempre había sido ante todo un fanfarrón y de vez en cuando gustaba de organizar apuestas. Cuando alguien le proponía uno de aquellos retos, él siempre respondía de la misma manera: «¿Quién dijo miedo?». Era una frase que había repetido montones de veces desde su más tierna infancia, y siempre se le llenaba la boca con ella y el cuerpo con adrenalina pura. Era como si la frase pasase directamente a sus labios sin visitar el cerebro.

Era 6 de enero, y un niño de ocho años, de nombre Aitor, fardaba ante sus amigos, haciendo cabriolas y piruetas con la flamante bicicleta roja y blanca que los Reyes Magos acababan de dejarle bajo el árbol.

Llevaba meses esperándola, ansiando emular a cierto acróbata de la bicicleta al que había visto tiempo atrás en televisión. Hacía «caballitos» como buenamente podía,

derrapaba, aceleraba, frenaba, pedaleaba sin brazos, todo ello ante el asombro de sus amigos y compañeros de clase.

Todo transcurría como él había esperado y deseado, con sus amigos boquiabiertos mientras mostraban su estupor. Parecía que sería el nuevo héroe del barrio, hasta que apareció Mario Larrea, su vecino de quince años, a quien los Reyes Magos habían dejado algo bastante mejor que una bicicleta: la Vespino. Con su motor petardeante y el humo que levantaba, las miradas de todos los niños, incluida la de Aitor, aunque él posteriormente siempre lo negaría, cambiaron inmediatamente de dirección. La bicicleta rojiblanca había perdido su interés y a todos les interesaba más la moto, aunque su dueño no hiciera cabriolas. Mario estaba a otro nivel.

Aitor tardó unos minutos en recuperarse de la sorpresa inicial, y decidió que debía pasar a la acción lo antes posible. Sin dejar de hacer sus cabriolas, comenzó a trazar círculos alrededor de la moto, en la medida que le era posible, teniendo en cuenta la mayor potencia y envergadura de aquélla. Consiguió rápidamente recuperar la atención de sus amigos, cuyo asombro se debía esa vez a lo temeroso de sus acciones.

La reacción de Mario no se hizo esperar.

—A ver, enano —dijo Mario tras frenar la moto en seco—, ¿eso es todo lo que puedes hacer con tu mierda de bici de nenaza? Mi hermana salta más que tú cuando juega a la comba.

—Puedo saltar todo lo que quiera —dijo Aitor sin pensar—. ¿Dónde quieres que salte?

—Te apuesto mil duros a que no eres capaz de saltar eso —respondió Mario, señalando el gran seto que había tras la casa de Aitor—. Si ni tu perro puede hacerlo, estoy seguro de que tú no vas a poder.

—¿Quién dijo miedo?

Ésa sería la primera vez que las palabras mágicas saldrían de su boca. Nada más pronunciarlas, dejó la bicicleta en el suelo y empezó los preparativos. Aprovechando

que su padre era un manitas y tenía todo tipo de material de carpintería en un cobertizo adosado a la casa, se hizo con dos largas planchas de madera y otros tantos taburetes altos, los cuales colocó para formar una rampa frente al seto. Mario, cuyo reto no había sido más que un farol, llegó a asustarse cuando vio la ocurrencia de su vecino, pero no dijo nada ni dio la más mínima muestra de querer retirarse.

Quienes sí se retiraron fueron todos los amigos de Aitor.

Inicialmente le jalearon y llevaron en volandas con sus gritos de ánimo, pero fueron los primeros en huir despavoridos cuando acabó en el suelo, al otro lado del seto, tirado como si estuviera muerto.

La rampa funcionó a la perfección y el salto fue de una gracilidad y perfección rayantes en lo imposible, pero el aterrizaje y el duro golpe contra la hierba devolvieron a todos a la cruda realidad. El único que tardó en volver fue Mario, todavía asombrado de que el «enano» de su vecino se hubiera atrevido de verdad a llevar a término aquel reto suicida. Cuando reaccionó, se vio solo. Al otro lado del seto, Aitor alternaba entre gemidos de dolor y risas, mientras repetía que había ganado la apuesta. Al final, Mario también se fue, no sin antes golpear la puerta de la casa y de avisar, a voz en grito mientras corría, tanto como la moto le dejaba, que el niño había tenido un accidente con la bici.

La «aventurilla» le costó un brazo roto y lo que más adelante él mismo pasaría a denominar «la habitual bronca de mamá», aunque siempre se libraría de lo más gordo con su carita de niño bueno. Con los años, las apuestas fueron dejando atrás la inocencia de la infancia y poco a poco pasaron a convertirse en gamberradas que habrían interesado —de hecho, así fue— a las autoridades locales. Por fortuna para él, nunca le pillaron en ninguna de ellas y los testigos, que generalmente solían ser los mismos que habían propuesto el reto, nunca hablaron sobre ninguno, excepto entre ellos.

Conceptualmente, el nuevo reto era simple, pero encerraba mayor complejidad de la que se intuía a simple vista. «Sólo» debía ingeniárselas para quedarse en el interior de un famoso centro comercial tras la hora de cierre, y pasar allí toda la noche. Como eso

parecía poco, sus amigos decidieron añadir algo que sumase interés a la nueva apuesta. Tras una breve deliberación, dieron con el elemento que convertiría un simple reto sin complicación en una apuesta en toda regla: cuando Aitor saliese del centro comercial, debería hacerlo llevando en su mano la porra del vigilante nocturno. Eso le excitó, ya que era el mejor elemento posible. Tendría que pasar toda la noche evitando el contacto con el vigilante, pero en algún momento, tendría que acercarse a él si quería hacerse con su porra, objeto que ese hombre no perdería de vista tan fácilmente.

No hizo caso de las advertencias de sus amigos más sensatos, los cuales, además de advertirle de la posibilidad de tener serios problemas con la policía si le encontraban, le aconsejaron sobre la apuesta en sí, la cual parecía poco menos que imposible. Robar la porra a un guardia de seguridad parecía tan arriesgado como meter la cabeza en la boca de un león y pretender que no te muerda. Pese a todo, él no hizo caso de las advertencias ni de los consejos y se limitó a responder como siempre: «¿Quién dijo miedo?».

Una apuesta como ésa requería un lugar a la altura de las circunstancias, así que la primera tarea fue encontrarlo. La moda de abrir centros comerciales en los lugares más insospechados les daba muchas posibilidades entre las que elegir, pero en la mayoría de los casos, se trataba de edificios gigantescos.

Eso mismo planteaba una nueva duda: un centro comercial muy grande, de esos de varios miles de metros cuadrados, tendría todo un ejército a cargo de la vigilancia, mientras que uno demasiado pequeño podría haber confiado la vigilancia a tres o cuatro cámaras de mercadillo, con lo que no habría ni reto, ni emoción, ni porra que robar. Tenían que dar con un lugar de tamaño medio, con no más de dos vigilantes nocturnos y, sobre todo, con un mínimo de superficie que permitiera a Aitor esconderse cómodamente y cambiar de escondite tantas veces como fuera necesario.

La solución vino en pocos días, en forma de panfleto publicitario. Se acercaba la inauguración de un nuevo centro comercial en una ciudad cercana. Era un poco más grande de lo que habían pensado, pero se daba una circunstancia especial muy interesante: estaban próximas las elecciones municipales, lo que había acelerado el proceso de inauguración.

Como consecuencia, más del cuarenta por ciento de locales estaban completamente vacíos, con lo que no haría falta tanta vigilancia como si el lugar estuviera a pleno rendimiento.

Para cerciorarse, Aitor y dos de sus amigos pasaron una semana entera visitando el lugar a diario. Mientras Aitor tomaba notas sobre todo lo que había o dejaba de haber, sus amigos observaban a los vigilantes, o mejor dicho, vigilante. Un único hombre se encargaba, al menos al principio, de la seguridad, y no parecía estar muy contento en su trabajo.

Aitor confiaba en que incluso se lo encontraría roncando a pierna suelta el día de la apuesta. Por desgracia, el edificio cerraba todos los días inexorablemente a las nueve de la noche, lo que no les dejaba ningún margen para saber cómo actuaba el guardia desde esa hora.

Lo que sí pudieron comprobar fue lo desbordado de trabajo que se encontraba al acercarse el cierre, y el poco interés que mostraba, probablemente atribuible al hecho de que tuviera que asegurarse de sacar a varias decenas de personas en pocos minutos. Pudieron constatar también que no era muy vehemente en su tarea, al menos a medida que pasaba el tiempo. Durante los primeros minutos, se mostraba enérgico y decidido, pero tras lidiar durante un cuarto de hora con mujeres cargadas de bolsas, que no atienden a razones, y hombres que todavía no han decidido si quieren las bombillas de veinte o cuarenta vatios, se adueñaba de él cierto pasotismo que le acompañaba hasta el final. En parte eso resultaría una gran ventaja, pero también alargaría mucho el tiempo hasta que el guardia se marchara a su garita, despacho, o donde fuera que pasara las noches.

Con el lugar decidido y finalizados los primeros estudios del terreno, la fecha quedó fijada para el miércoles de la semana siguiente. Aitor dijo a sus padres que pasaría la noche en casa de un compañero de clase, estudiando para un examen importante, lo que le permitía tener coartada para la noche. Para evitar problemas, les dijo que era un compañero al que no conocían y, cuando le pidieron que les diera un número de teléfono en el que poder localizarle si era necesario, él les dio el número del móvil de un amigo que estaba al tanto de todo y se jactaba de ser un magnífico actor.